

LA REALIDAD DE LAS "APARIENCIAS" SEGUN PARMENIDES DE ELEA

Fernando Montero Moliner ()*

Si el estudio de la doctrina de Parménides ofreció siempre grandes dificultades a causa de lo abstracto de su pensamiento y de la escasa precisión técnica de su terminología, esas dificultades han adquirido una portentosa fuerza de seducción a partir del momento (1) en que se extendió la sospecha de que las "opiniones de los mortales" y las "apariencias" que constituye su objeto gozaron para él de cierto grado de realidad. Y, por consiguiente, se abrió paso a la posibilidad de que Parménides hubiera concedido una verosimilitud o probabilidad nada despreciables a la "interpretación" de esas opiniones que se expone a partir del verso 8'50 (2), aunque la considerase muy inferior en categoría a la Vía de la Verdad.

Este trabajo pretende sólo apuntar aquellas consideraciones que apoyen esta rehabilitación de las "apariencias" cósmicas. No aspira a ser una exposición plena y completa ni, mucho menos, una discusión de los motivos que pudieran ser tenidos en cuenta; quiere ser una simple invitación a que se lea con espíritu inquieto el Poema de Parménides, considerando con cierta suspicacia aquellas versiones de su doctrina que, como las ya clásicas de Diels, Zeller, Burnet y Reinhardt, la reducen a un absoluto monismo.

Son varios los aspectos del Poema que se debe tener en cuenta. En primer lugar, cuáles son las vías de investigación o actitudes mentales expuestas por Parménides y la relación que la "interpretación" de las opiniones mantiene con las mismas. En segundo lugar, continuando esa comparación, se debe considerar el alcance que tiene la institución de las "formas" que los mortales proponen para interpretar las "apariencias". En tercer lugar, será preciso valorar la Verdad del Ser y la probabilidad o verosimilitud del "engañoso" discurso que expone la interpretación de las opiniones. Finalmente, habrá que cotejar el contenido objetivo de la Vía de la Verdad y el de las opiniones de los mortales pues si ambas poseen cierta forma de validez han de versar sobre dos realidades que, aunque distintas, sean compatibles o sobre dos aspectos de una misma realidad que, por consiguiente, han de mostrar una amplia coincidencia.

(*) El Dr. D. Fernando Montero Moliner, Catedrático español, es conocido como especialista en el estudio de los presocráticos y por sus análisis de Heidegger. Véase de esta Revista, el vol. I, n. 2, págs. 178-79.

(1) Cfr. WILAMOWITZ-MOLLENDORF, "Lesefrüchte Hermes" XXXIV, 1899.

(2) Se cita los versos del Poema por medio de un número mixto, cuya parte entera designe el fragmento aludido y la decimal el verso que interese contado dentro de dicho fragmento.

I

En los fragmentos 2, 6 y 7 se enuncian claramente tres vías de investigación: La que tiene por objeto lo Ente (“es y no es no ser”), la que se propondría lo No ente si éste fuese cognoscible (“no es y necesariamente es no ser”) y la que pretenden erigir ciertas “gentes sin juicio”, insensatos que andan errantes y que sostienen que “el ser y el no ser son considerados como lo mismo y no lo mismo”, que “son los no entes”.

Las dos primeras vías representan puras actitudes lógicas: Si la mera noción de Ser despierta y sugiere la de No ser, teóricamente caben dos caminos de investigación, el del Ser y el del No ser. Sin embargo, el No ser, la Nada absoluta, es inconcebible; por tanto, su vía es impracticable. Frente a éstas, la tercera vía es ofrecida con un tono muy distinto. Parménides la refuta, no como una pura posibilidad lógica que se le hubiera ocurrido; por el contrario, sus expresiones denotan una clara irritación. Parece referirse a un enemigo concreto y real; habla de mortales ignorantes, bicéfalos, que andan errantes; caminan como sordos y mudos, estupefactos y creen que todo se mueve en direcciones opuestas. Son gentes sin juicio que tan pronto identifican como distinguen el Ser y el No ser. Pues la costumbre tantas veces practicada excita su mirada vacilante, el zumbido de sus oídos y les obliga a emplear caprichosamente las palabras “ser” y “no ser”. Así, dicen que algo es cuando se hace presente en su experiencia y, al mismo tiempo, que no es cualquier otra cosa o cualquier fase preterita o futura de su evolución. De este modo piensan las gentes ingenuas y algunos mortales que pretenden erigir una vía de investigación sobre ese mismo pensamiento vacilante que es habitual en los hombres. No advierten que lo Ente revela la más profunda dimensión de las cosas y que su diáfana oposición para con lo No ente justifica su unidad, continuidad y eternidad.

Es evidente que la “interpretación” de las opiniones no coincide con ninguna de estas tres vías. En ella, es decir, a partir del verso 8’50, no aparecen en ningún momento esos esquemas lógicos característicos de las mismas y formulados en virtud de los términos “ser” y “no ser”. Ello bastaría ya para creer que no constituye la pseudo-vía de investigación de las “gentes sin juicio”, ni la actitud propia de los mortales mencionados en el verso 8’39 (que bien podrían ser las mismas “gentes sin juicio” de los fr. 6 y 7) que hablan del nacimiento y de la muerte, del ser y no ser, del cambio de lugar y de la alteración de los colores brillantes.

Pero, además, la “interpretación” de las opiniones no es atribuida a ningún grupo concreto de gentes. La revela la misma Diosa que da a conocer la Verdad del Ser. Y, más aún, al hacerlo advierte que es una “interpretación” tal que no podrá ser superada por cualquier otra urdida por los mortales (vs. 8’60-61). Ello permite creer que en lo fundamental es una creación del propio Parménides, lo mismo que lo fué la Vía de la Verdad. Así pudo avisar en los versos 1’28-32 que es necesario conocer las opiniones de los mortales lo mismo que la Verdad bien redonda. Difícilmente podrían compaginarse esas alabanzas, por cautas que sean, con el abierto y despiadado desprecio de que es objeto la tercera vía de investigación o con la terminante eliminación, por impracticable, de la segunda vía.

En ese caso, ¿cuál es la actitud metodológica propia de la “interpretación” de las opiniones de los mortales? Ello nos lleva al segundo apartado de este trabajo.

II

Los mortales, dice Parménides en el verso 8'53, "han propuesto dar nombre a dos formas a modo de interpretación; de las cuales es necesario no una sola". Y aclara más tarde (v. 9'1) que "todas las cosas han sido nombradas Luz y Noche, éstas y aquéllas conforme a sus potencias". En estos versos hallamos los datos suficientes para resolver el problema metodológico de la interpretación de las opiniones.

Repárese, en primer lugar, en esa *propuesta* de los mortales de dar nombre a dos formas. Es comprensible que sólo se *pro-ponga* aquello que de por sí mismo no se *impone*. No proponemos $2 + 2 = 4$. Esta verdad es tan evidente, está tan a la vista que no hay que anticipar ninguna clase de crédito sobre su validez. En cambio podemos proponer lo que es simplemente previsible, hipotético o lo que de alguna manera no es de tal forma racional que deba ser inferido con absoluta certeza. Lo propuesto exige así, por parte de quien propone o de quien acepta la propuesta, una cierta decisión, un golpe de "buena voluntad" que compense lo que de irracional o enigmático tiene el objeto de la propuesta. La persona irresoluta no propone, lo mismo que no decide nada.

Ello anuncia que la interpretación de las opiniones carecerá, por tanto, de aquella plena consecuencia de la Vía de la Verdad, capaz de inferir todas las propiedades de lo Ente a partir de la evidente oposición entre el Ser y el No ser. Por el contrario, se desarrolla bajo el signo de la verosimilitud, de la probabilidad. Se dice en los versos 1'31-32 que se ha de aprender cómo es necesario que las apariencias sean "probablemente". Pues lo que su interpretación revela es el "orden de todas las cosas verosímiles", se aclara en el verso 8'60. ¿En qué consiste esa probabilidad o verosimilitud?

Podríamos distinguir en ella dos aspectos, positivo uno, negativo el otro. Por una parte, el mundo de las "apariencias" empíricas no carece de cierto orden y, por tanto, de cierta inteligibilidad o legalidad. Claramente se anuncia esto en ese verso 8'60 en que se habla de un "orden de cosas verosímiles". Pero, más aún, la imagen de las "coronas" o "bandas" cósmicas que se describe en el fr. 12, implica también una ordenación. Las bandas oscuras y luminosas se suceden alternativamente desde el cielo más lejano hasta el centro del Universo. Y es la Necesidad, símbolo del rigor lógico en la Vía de la Verdad, la que encadena el cielo y mantiene los límites de los astros (v. 10'6-7). También el nacimiento de los humanos está sometido a una regularidad (fr. 17 y 18), lo mismo que el origen de nuestros conocimientos empíricos (fr. 16). No en vano se aludió ya en el verso 4'3 a un *orden* del universo, espacial o temporal, al afirmarse que lo Ente no varía según el orden de las cosas empíricas. Pues bien, donde hay orden y regularidad hay ley, consecuencia, rigor, necesidad y justicia.

Pero esa legalidad se halla atenuada de forma tal que no puede constituir un discurso de evidencia similar a la desplegada en la Vía de la Verdad, pues esas "apariencias" poseen un contenido en alto grado irracional y enigmático, de tal forma abigarrado que nubla y difumina el hilo lógico que pudiera haber insinuado aquella regularidad. En efecto, la diversidad de las "potencias" que constituyen las cosas no es capaz de manifestar una legalidad tan cristalina como la que atraviesa la Verdad del Ser. ¿Por qué es así el Universo y no de otra manera? ¿Por qué aparecen los astros tal y como los contemplamos y no de forma distinta? ¿Por qué los montes y los mares, las nubes, los vivientes y todo cuanto nos rodea posee la estructura concreta que advertimos y no otra? ¿Por qué la sangre es roja y el cielo azul? A diferencia de la Vía

de la Verdad, la interpretación de las opiniones no puede eliminar ese núcleo enigmático que poseen las apariencias.

¿Qué le es dado hacer entonces? Ante todo dar una máxima simplicidad a ese orden cósmico que las apariencias delatan. Y ello se puede conseguir agrupando o recogiendo las "potencias" todas bajo dos formas supremas, Luz y Noche oscura. Con una sola no sería posible realizar esa síntesis (v. 8'54). ¿Cómo podría quedar recogida la enorme variedad de las "potencias" bajo una sola forma? Dos lo permiten advirtiendo que dentro de sus múltiples modalidades las "potencias" ostentan ciertos rasgos comunes: Lo luminoso, lo ardiente, lo ligero, lo suave, lo puro, la vigilia y la memoria, lo recto, etc. son afines entre sí como lo son por su parte lo oscuro, lo frío, lo pesado y áspero, lo impuro, el sueño y el olvido, lo torcido, etc. Luz y Noche son los nombres con que se puede designar esa dualidad suprema de formas. Lo irracional de su diversidad queda así conciliado con lo legal de su dualidad y similitud bajo dos polos supremos. Pero, más aún, esa misma ordenación de las "potencias" permite advertir otras facetas de la regularidad del Cosmos: La afinidad entre lo luminoso o lo oscuro dominante en los órganos cognoscitivos y en los objetos conocidos permite explicar el conocimiento (fr. 16). La distinción y repulsión entre las potencias correspondientes a las dos formas se ofrece como ley de la distribución de las "coronas" o "bandas" cósmicas y, posiblemente, de su misma génesis (fr. 12) (3). La mezcla de las potencias luminosas y oscuras permite también la explicación del origen de los sexos y de su condición temperamental (fr. 18).

La propuesta de las dos formas tiene como meta, por consiguiente, una ordenación en lo espacial y en lo temporal de todas las "potencias" que integran el Universo. O, dicho de otra manera, si en ese Universo hay un orden y una regularidad en el ámbito de lo empírico, la interpretación que se elabora por medio de las dos formas aspira a subrayarlo y ponerlo de manifiesto. Pero Parménides no desconocía que haciéndolo así realizaba algo más que una simple descripción de fenómenos: La elección de las formas implica una cierta convención o artificiosidad por parte del pensador que la realiza. Es decir, la institución de esas dos formas con que interpretar las apariencias requiere una creación mental. Pues de hecho en el Universo hay sólo "potencias" múltiples, dispuestas con una determinada regularidad y sujetas a ciertas relaciones de semejanza. La *propuesta* de las formas que las abarquen es posible gracias a una decisión por parte de quien realice esa interpretación, gracias a la cual va más allá de lo que existe por naturaleza y penetra en el reino de lo convencional. Pero téngase muy en cuenta que en realidad lo *propuesto* o *convenido* por los mortales que realizan la interpretación es sólo las formas y los nombres que ellos han decidido. En ningún momento dice Parménides que el mundo físico constituido por las "potencias" sobre las que recaen esas formas sea convencional, fingido o elaborado por los hombres. La ficción o convención alcanza sólo a las formas por ellos nombradas y, en todo caso, a la interpretación que sobre esa base se levanta.

Y es que, en efecto, esas formas no son las mismas "potencias" reales: Son *conformes* o *adecuadas* a las mismas. "Todas las cosas han sido nombradas Luz y Noche, éstas y aquéllas *conforme* a sus potencias", dice Parménides en los versos 9'1-2. Entre la forma nombrada y la realidad que recibe el nombre de esa forma no hay una identidad de contenido. Hay sólo conformidad o adecuación. Pues la forma nombrada es algo más que la realidad: Es símbolo, signo representativo instituido por el pensar que

(3) Cfr. Reinhardt, "Parmenides und die Geschichte der Griechischen Philosophie", pg. 13.

mueve la interpretación de las opiniones. Y como tal símbolo realiza una función instrumental altamente estimable a la hora de interpretar las "potencias", poniendo de relieve el orden que domina en su distribución y génesis.

Ahora bien, ¿qué alcance tiene esta interpretación en el orden cognoscitivo? ¿Qué diferencia media entre la verosimilitud por ella lograda y la Verdad que es propia del pensamiento del Ser?

III

Por de pronto ya se ha llamado la atención sobre el hecho de que la interpretación de las apariencias no puede alcanzar el rigor y la consecuencia del pensamiento del Ser, pues su contenido, aunque poseedor de un orden y regularidad, es en último extremo enigmático. Por ello, la rigurosa inferencia de las propiedades de lo Ente no reaparece en la Vía de la opinión; la *conformidad* entre las formas y las potencias cósmicas, la simple propuesta de esas formas, implicaban esa definitiva irracionalidad de las apariencias interpretadas. Ahora bien, ese enigma sólo puede quedar eliminado si se trasciende el dominio de las apariencias y se alcanza lo Ente que "todo lo llena" (v. 8^o24). Pues el Ser no es extraño al mundo que se hace aparente empíricamente. Constituye su última dimensión. La legalidad, la Justicia o Necesidad que puedan manifestar las potencias cósmicas no son nada comparadas con la rigurosa consecuencia del Ser que se descubre como la más profunda faz del Universo. Nada enturbia la luminosa presencia de lo Ente cuando se ha logrado llegar a él: "Mira cómo lo lejano se hace firmemente presente al pensamiento", anuncia con júbilo Parménides en el verso 4^o1. Asombrosa cualidad la de ese pensar que tiene por objeto lo Ente: Con la misma inmediatez, con igual claridad se piensa la entidad de la más remota estrella que la del árbol cercano. Y es que el pensar capta lo Ente con portentosa unidad: "No separará lo Ente con lo Ente unido ni dispersándolo por todas partes totalmente según el orden del Universo ni reuniéndolo" (vs. 4^o2-4). Nada tienen que ver con la entidad como tal las diferencias empíricas de las apariencias. El cambio de cualidad, de lugar, las diferencias sensibles que la experiencia muestra nada alteran la misma entidad como tal de lo que en su "aparecer" varía. Pues, aunque reales, esas apariencias pertenecen a un plano óptico muy distinto: Lo Ente constituye la dimensión última y decisiva del Universo. Ante la mirada atónita de Parménides se descubre ahora por vez primera que nada importa tanto en una cosa como su puro e impalpable Ser. Eliminado éste todo cae en la vacía e impensable Nada.

Dos caracteres esenciales posee, por tanto, la Verdad del Ser. Por una parte su total *inteligibilidad*: Lo Ente y sus propiedades se despliegan con plena evidencia, encadenados de tal forma por la Justicia, la Necesidad y el Hado que no dejan resquicio alguno para lo enigmático y lo absurdo. Y, por otra parte, su *latencia*: Lo Ente no se ofrece en un primer y habitual trato con las cosas. Lo que de ellas hallamos en nuestra actitud espontánea e ingenua es el conjunto de sus potencias empíricas: Lo cálido, lo luminoso y oscuro, lo pesado y áspero, lo suave y ligero, etc. Lo que mencionamos generalmente son los cambios de lugar, las alteraciones de color brillante (v. 8^o41). Y, más aún, cuando dejamos que nuestra lengua se agite con su habitual irresponsabilidad, usamos los términos "ser" y "no ser" ignorando su profundo significado (v. 8^o40). Estos nombres apuntan a las cosas, las señalan, pero no ahondan en su constitución ontológica. No descubren el Ser latente en todas esas potencias. El *nombre*, el *nombrar* no poseen esa penetración característica de la recta palabra que

es capaz de llevar a una total presencia lo *expresado* por ella. Y correlativamente, las apariencias o potencias, presentándose como enigmáticas, delatando tan sólo dimensiones esquivas de su naturaleza íntegra, deben recibir esos oscuros nombres al ser incapaces de des-velar la entidad como tal en que radica en último término toda realidad. Lo que así mencionamos habitualmente es sólo "nombre", palabra caprichosa en la que no reside la "verdad"; son términos propuestos por los mortales que ingenuamente creen poner al descubierto con ellos la totalidad de las cosas. "Todas las cosas serán nombre que los mortales han puesto convencidos de que son verdaderas; nacer y morir, ser y no ser, cambio de lugar y alteración de color brillante" (vs. 8'38-41).

Pero si esos nombres no instituyen la *Verdad*, no barren ese *olvido* en que parece haber caído lo Ente para los mortales, si no lo extraen tras los velos que parecen extender sobre él los torpes órganos de conocimiento de que nos valemos, bien se puede calificar de "engañoso" (v. 8'52) el discurso que sobre las opiniones de los mortales expone el mismo Parménides. O que se afirme que los hombres "se apartan de la Verdad" (v. 8'54) cuando proponen "nombrar" las dos formas con vistas a la interpretación de las apariencias. O que se llame "muy engañosos" (v. 16'1) a los órganos que facilitan ese conocimiento de simples apariencias. Pues, en realidad, ese contenido de las opiniones oculta, disimula lo Ente. Su abigarrada y llamativa presencia distrae el pensamiento lejos del Ser profundo que todo lo invade en última instancia. Todo ello no constituye una colosal alucinación, como creyeron Diels, Zeller, Burnet y tantos otros. El pensamiento griego era aún demasiado ingenuo en aquellos momentos como para concebir semejante idealismo. El *engaño* de las apariencias es en rigor el que constituye el velo que encubre o la pintura que finge; pero uno y otro, velo y pintura, son reales, como era el mundo empírico para Parménides, aunque encubriera y disimulara la decisiva estructura de la realidad, el Ser uno e inmutable.

Ahora bien, si las apariencias o potencias cósmicas constituyen la misma realidad que descubierta por el recto pensamiento se muestra como el Ser, es necesario que estos dos dominios posean una general coincidencia o que, al menos, no haya contradicción alguna entre sus respectivos contenidos.

IV

Son, en efecto, varios los rasgos comunes de la Vía de la Verdad y de la interpretación de las opiniones. Así la esfericidad del Cielo coincide con la atribuida al Ser (vs. 8'42-49 y 10'5); el que todo esté lleno conjuntamente de Luz y Noche (v. 9'3) encaja con la tesis de que lo Ente lo llena todo (v. 8'24); la continuidad del Ser encuentra su paralelo en la plenitud con que todo lo llenan las dos formas dóxicas. La Necesidad que, junto con la Justicia y el Hado rigen la Verdad del Ser, reaparece, aunque perdiendo su carácter de "lógica consecuencia", en el dominio de las opiniones obligando a los astros a mantener sus límites.

Pero el problema más arduo que ofrece este paralelismo entre el mundo de las apariencias y la Verdad del Ser, lo ofrece la inmutabilidad de éste último, pues no cabe duda de que, por el contrario, las potencias cósmicas son variables. ¿Son inconciliables o contradictorios estos aspectos de las dos doctrinas de Parménides?

Un examen del Poema nos permite eliminar la dificultad. En primer lugar, se puede notar que en la teoría del Ser no se excluye *todo* cambio; Se rechaza sólo el que pudiera afectar a lo Ente como tal, entendiéndolo como una casi-materia que

todo lo llena (es "semejante a la masa de una esfera redonda", dice el verso 8'43). Es decir, se niega el nacimiento o la destrucción del Ser, considerados con relación al No ser y, probablemente, con respecto a otro Ente (vs. 8'6-21). También se rechaza que lo Ente todo, en bloque, cambia de lugar (vs. 8'26-31). Pero no se excluye que *dentro de lo Ente*, es decir, manteniendo la constancia o conservación de la entidad como tal de lo que compone el mundo, las cosas puedan alterarse y trasladarse. Y, en segundo lugar, nada de esa inmutabilidad, así entendida, es rechazado por la doctrina sobre las opiniones de los mortales. En ninguno de sus momentos se alude a una traslación del Universo fuera de sus actuales límites. Pero además, la teoría de las mezclas, bosquejada por Parménides, salva el problema de la conservación de lo Ente, pues todo cambio, nacimiento o destrucción de las cosas concretas puede ser explicado en virtud de dicha teoría sin que ello suponga el nacimiento o destrucción de lo Ente como tal; basta con que se admita que esos cambios consisten en realidad en diferentes combinaciones o mezclas de las potencias luminosas y oscuras para que sea conciliable la variación de las cosas y el rechazo de todo nacimiento o muerte con respecto a ese Ser que anticipa los elementos de Empédocles o los átomos de Demócrito (4).

No son muchos los fragmentos del Poema en que se expone la teoría de las mezclas. En el verso 9'4 se da a entender que las dos formas propuestas por los mortales son irreductibles: "Ambas son iguales, pues nada hay entre una y otra". Lo mismo que lo Ente no puede originarse de otro Ente, lo luminoso no puede nacer de lo oscuro ni viceversa. Por tanto, a lo largo del tiempo lo luminoso es siempre luminoso, lo oscuro siempre oscuro. Cualquier cambio o alteración ha de consistir necesariamente en una mezcla de ambas formas en proporción diversa. Tanto más comprensible es ello si se tiene en cuenta la radical distinción entre ambas formas: ¿Cómo puede engendrarse una de la otra si son opuestas? Y, por otra parte, jamás trata Parménides de un nacimiento de esas formas a partir de la Nada. Los escasos fragmentos cosmogónicos que han quedado en su Poema (p. 1, Fragn. 18) permiten suponer que la interpretación de las opiniones resuelve todo problema genético mediante la hipótesis de la mezcla de las correspondientes potencias.

Por consiguiente, se puede creer que es una y la misma realidad la que *aparece* ante nuestros burdos órganos cognoscitivos en forma de potencias y es designada mediante nombres arbitrarios, y la que es pensada en sus ultimidades como Ser uno y eterno.

Tanto la Verdad del Ser como la interpretación de las opiniones de los mortales propuesta por Parménides poseen una indiscutible novedad en el pensamiento griego. Se salen claramente de lo que había sido la indagación de la Naturaleza propia de los autores de Mileto. No se puede comparar ésta con la interpretación de las apariencias que permite explicar el orden espacial y temporal del Universo instituyendo o proponiendo dos "formas" adecuadas a las potencias integrantes de las cosas. Esas formas son algo más que elementos cósmicos: Son símbolos o signos con que poder recoger y esquematizar la multiplicidad de las potencias. Pero es evidente que la mayor originalidad de Parménides radica sobre todo en su Vía de la Verdad. La búsqueda del origen del Universo a partir de un "principio" tuvo muy poco en común con el descubrimiento de ese Ser que difícilmente puede ser considerado como la "Naturaleza" cuyo despliegue constituye y rige el orden cósmico. Más aún, Parménides lo

(4) Reinhardt, "Parmenides und...". pgs. 30, 70, 72 y 80.

graba con su doctrina lo que apenas había conseguido rozar su contemporáneo Heráclito: Reducir a razón la última dimensión del Universo. Pues es el Ser lo que al descubrirse constituye con su rigurosa presencia el Pensar. Si la más vehemente aspiración del pensamiento humano ha sido afirmar que las cosas son en última instancia razón y que, por tanto, la *razón de ser* de las mismas es asequible para el hombre, Parménides sacia ese anhelo al afirmar rotundamente que son lo mismo el Pensar y el Ser o, dicho de otra manera, que la más profunda dimensión del Universo es ese Ser cuya presencia constituye el Pensar.

Parménides tuvo clara conciencia de lo que ello significaba. "No es un mal Hado el que te ha inducido a seguir este camino", dice la Diosa al viajero que comparece ante ella (v. 1'26). Y, en efecto, con su advenimiento el Hombre ha sido erigido en testigo del Ser, le ha sido descubierto "el corazón inquebrantable de la Verdad", el horizonte que parecía reservado a los inmortales, pues la presencia del Ser depara el camino que lleva a la divinidad, a lo eterno e inmutable. Más todavía que nosotros, los griegos experimentaron la pobreza e indigencia de las apariencias mudables y abigarradas. La multiplicidad de las cosas, su incesante cambio, engendran el dolor, la muerte, el curso cruel de los nacimientos en que andan envueltos los mortales, para quienes el nacer y morir se confunden y suceden en vertiginoso giro. Sólo cuando el Hombre puede comparecer ante la Diosa que descubre el Ser, su humanidad alcanza la plenitud que le distiende hasta la inmortalidad. Pues lo Ente es eterno y uno; pone de manifiesto que el Universo es algo más que un torbellino efímero de "apariencias". De cara al Ser, el Hombre se enfrenta con lo divino, se siente compañero de los inmortales y espectador de un mundo sin lejanías ni enigmas.

Así, con la doctrina de Parménides, el Hombre, testigo del Ser, se adueña de un noble destino: El que constituye su madura y plena humanidad. Pues su esencia es esa ex-sistencia en la que a veces, cuando se camina por ciertas veredas poco holladas por los mortales, se abre con toda pureza la Verdad del Ser.